

La tradición de erigir la representación del nacimiento de Jesús en Belén, que combina la historia del Evangelio de la noche de Navidad de San Lucas, y del relato de San Mateo con la visita de los Reyes Magos, se debe originalmente a San Francisco de Asís en la Navidad del año 1223 en Greccio, Italia. Además de María, José, los pastores y los reyes, Francisco ordenó que un buey y un burro (un asno) deberían estar presentes en el pesebre. El icono que se muestra aquí en el ambón retrata a la Sagrada Familia y estos dos animales.

En el relato de San Lucas de la historia de la Navidad, no se menciona que hubiera algún animal presente. La costumbre, la tradición y la piedad asumen que desde el nacimiento de Jesús, según San Lucas, tuvo lugar en un establo y allí habrían tenido alojados algunos animales, tal vez un buey entre ellos. En cuanto al burro / asno, podríamos suponer que, debido a su embarazo, María cabalgó a horcajadas sobre un animal en el viaje de Nazaret a Belén. ¿Y qué hay del buey y el burro? ¿Por qué estos dos animales? ¿Qué significado tienen? ¿Qué revelan sobre el misterio de la Navidad? ¿Qué mensaje tienen para nosotros?

La respuesta está en los primeros versículos del primer capítulo del libro del profeta Isaías: *El buey conoce a su dueño y el burro el pesebre de su señor; pero Israel no me conoce, mi pueblo no comprende* (Is 1: 3). Una interpretación tradicional que se remonta al período inmediatamente posterior del Nuevo Testamento es que el buey es considerado un animal "limpio" según las leyes dietéticas judías y representa a Israel, el burro es "inmundo" según esas mismas leyes judías y representa a los gentiles. Al mezclar lo limpio y lo inmundo, como ya se proclama en el nacimiento de Jesús, quién no tiene pecado, y la reconciliación que su muerte y resurrección trae a *todas* las personas. San Pablo proclama este acto divino de redención, como nos lo dice en la Segunda Lectura: *La gracia de Dios se ha manifestado para salvar a todos los hombres...Él se entregó por nosotros para redimirnos de todo pecado y purificarnos, a fin de convertirnos en pueblo suyo, fervorosamente entregado a practicar el bien* (Ti 2: 11-14). Nuevamente en Navidad somos los beneficiarios del amor incondicional de Dios a través del regalo derramado de sí mismo en carne humana a través de Jesús. El niño en el pesebre viene a abrir nuestros ojos, oídos, mentes y especialmente nuestros corazones a la invitación de Dios para una relación personal con Él. Jesús es el rostro de Dios que habla, actúa y ama a través de un corazón humano en carne humana. Él es Dios que siente nuestra alegría, conoce nuestro dolor, soporta nuestra muerte y finalmente se levanta de la tumba como un signo del plan divino para nuestro propio destino en él.

Mientras contemplamos el buey y el burro al lado de la cuna en el pesebre, también debemos recordar *todo el pasaje* de Isaías, que no solo es una buena noticia, pero también emite un juicio pronunciado sobre la ceguera espiritual. El buey y el burro tienen conocimiento, son "agraciados", ...*pero Israel no me conoce, mi pueblo no comprende* (Is 1: 3). Y entonces las preguntas que la Navidad pide se convierten en: ¿Quién reconoció a Jesús? ¿Quién no lo reconoció? ¿Y por qué fue esto así?

Históricamente según el Evangelio de san Mateo, los que no reconocieron a Jesús fueron Herodes y *toda Jerusalén quedaron muy alborotados al oír esto* (Mt. 2: 3). También los que no reconocieron a Jesús fueron las "personas con ropas finas"—las que tenían una posición social alta (Mateo 11: 8), junto con los eruditos maestros en las Escrituras, quienes si bien conocían el pasaje de Isaías y las otras Escrituras, fracasaron, o más correctamente, eligieron de no entender, con los ojos, con sus oídos, mentes y corazones, y convertirse o permanecer ciegos. Los que reconocieron a Jesús fueron el "buey y el burro" (en comparación con estos hombres de prestigio): junto con los pastores, los Reyes Magos, María y José.

¿Qué pasa con nosotros? ¿Estamos también lejos del pesebre porque nuestras ropas son demasiado finas y nuestro aprendizaje demasiado astuto? ¿Estamos tanto "en Jerusalén"—los palacios autoconstruidos de nuestros "reinos" personales, envueltos en nuestra presunta importancia propia que no podemos escuchar por la noche la voz del ángel y luego “*vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha dado a conocer*”(Lucas 2:15)?

Cuando colocamos o miramos las figuras del buey y el burro en la escena del pesebre, pidamos a Dios que nos dé a nuestros corazones la simplicidad que descubre, adora y recibe a la persona de Jesús revelada en el niño pequeño acostado en el pesebre. Entonces, nosotros también podremos experimentar lo que los pastores y los magos experimentaron en el establo la primera noche de Navidad y, al igual que ellos, regresar a casa llenos de ALEGRÍA.

*(Algunos materiales extraídos de: Joseph Ratzinger [Papa emérito Benedicto XVI] Las bendiciones de la Navidad, pp. 77-85.)*

Padre Jim Secora